

# ¿Y Quién Era Miguel Kast?

Por MARIA ANGELICA DE LUIGI

UNA mañana cualquiera de 1982, el director del Seminario de Santiago, sacerdote schoenstattiano, Benjamín Pereira, se sobresaltó en su oficina. En la calle, rompiendo el ambiente de serena meditación de su internado, se escucharon frenadas bruscas y portazos de automóviles. Llegaba una autoridad de gobierno con su comitiva de escoltas. ¿Quién?

El religioso —actualmente en Buenos Aires— quedó mudo de sorpresa al ver entrar al entonces presidente del Banco Central, Miguel Kast, sin esperar que lo anunciaran, irrumpió en su oficina diciendo: “¡Vengo a hablar con usted porque quiero ser santo! Quiero confesarme y que en adelante sea mi director espiritual”.

Es uno de los muchos recuerdos sorprendentes contenidos en el libro “Miguel Kast, Pasión de Vivir” que será entregado al público a partir del primero de diciembre, por la Editorial Zig Zag. Su autor, Joaquín Lavín, economista y editor del cuerpo “Economía y Negocios” de “El Mercurio”, dedicó un año a recoger, en largas conversaciones con familiares, amigos y personalidades, una imagen inesperada del hombre público que falleció a los 34 años, en 1983.

Inesperada porque, para el grueso de los chilenos, Miguel Kast fue sólo un personaje de este gobierno, uno de los más destacados y persistentes representantes de la economía “Chicago”, un obstinado e incansable defensor del “modelo”. En resumen, un blanco de muchos elogios y enconadas críticas. Estas últimas, especialmente, arreciaron cuando Kast renunció a su último cargo oficial, a pocos meses que se le descubriera una enfermedad incurable. El vendaval económico desatado por los que habían abominado de un dólar fijo y ahora (1982) desesperaban por la presencia de un “dólar loco”, lo sindicó a él como uno de los principales responsables...

El libro de Lavín no escabulle el tema y lo cuenta en toda su gestación y desarrollo. Pero agrega algo más, desconocido: la dimensión religiosa, más que eso, mística, del que fue Director de Odeplan, Ministro del Trabajo y Presidente del Banco Central...

## Mil avemarías

Hijo de un teniente del ejército alemán que combatió en el frente ruso y debió entregarse a los norteamericanos en Italia, al terminar la segunda guerra, Miguel Kast llegó a Chile con sus padres a comienzos del 50. Llegó —cuenta Lavín— a una parcela en Linderos, de cuatro hectáreas y una casa de dos pisos de barro y paja. Sin electricidad ni agua potable...

En el colegio Alemán conoció el “secreto de las mil avemarías”: “Un día el padre Carlos Pfeiffer me dijo que si uno rezaba mil avemarías el día de una fiesta de la Virgen, podía pedirle a ella un deseo o un regalo... La verdad es que yo no le creí mucho al padre Carlos. Pero dije: voy a hacer la prueba. Y un día, en Buin, recé las mil Avemarías (me demoré casi todo el día) y le pedí a la Virgen que me hiciera el mejor alumno de mi curso”.

“Su mayor anhelo fue llegar al cielo” escribió como epitafio, de su propia mano, antes de morir a los 34 años, el ex Ministro que tuvo un rol protagónico entre los economistas graduados en Chicago. Libro del economista Joaquín Lavín revela detalles inéditos del hombre público que rezaba mil avemarías e interrumpía sus jornadas de trabajo en el Banco Central para asistir, diariamente, a misa en el Sagrario.

## MIGUEL KAST

PASION DE VIVIR

JOAQUIN LAVIN

ZIG-ZAG

Una historia sobre los economistas de Chicago, la muerte de un hombre joven y su dedicación espiritual a Dios. El libro de Joaquín Lavín saldrá a la venta en los primeros días de diciembre.

Lo consiguió y muchas otras veces a lo largo de su corta vida —como relata el libro de Lavín— volvió a rezar las mil avemarías. Y convenció a amigos muy importantes en la vida pública para que lo hicieran con él, con profunda fe y devoción.

Pero no sólo era un niño religioso. También era un niño empresario: a los 14 años compró su primera máquina trilladora. A los 17 tenía seis. Y, todos los veranos, desde las cinco de la mañana, hacía trabajos de trilla en casi todos los fundos, desde Longaví hasta la cordillera.

## De la DC al gremialismo

Con cartas escritas por el propio

Miguel Kast, con sus agendas personales, con cassettes que dejó grabados para sus hijos, el libro de Lavín va contando el cambio que se fue produciendo entre la infancia y la adolescencia del ex hombre público, fundamentalmente a la muerte de su hermana Bárbara, a los 18 años, en un accidente automovilístico.

A eso siguió otra transformación. El joven Kast empezó a participar activamente en política al lado de... la democracia cristiana. Fue en el 64: “No entendía nada de política, pero me di cuenta que si ganaba Allende significaba el triunfo del comunismo y yo sabía por mi papá lo que había pasado en Alemania cuando los comunistas llegaron al poder...”.

Así que trabajó activamente en la campaña de Frei junto al ex senador Rafael Agustín Gumucio y al ex diputado Andrés Aylwin. Pero... “poco a poco esta afinidad se fue deteriorando debido a circunstancias concretas. Una de ellas, la más importante, fue el problema de la Reforma Agraria... En el verano de 1966 salí a las trillas y observé que en los campos había activistas que recorrían los fundos enseñándoles a los trabajadores a odiar a sus patrones”.

Se alejó de la Democracia Cristiana y al llegar a la Universidad Católica se inscribió en el gremialismo.

En ese tiempo también se enamoró. Y entre los muchos recuerdos que su viuda, Cecilia Somerhoff, contó al au-

tor del libro destaca esta confidencia de tiempos de “pololeo”: “Miguel era muy buen conversador... Hablábamos de él, de mí, de Dios, de política... El comenzó a transmitirme su experiencia de Schoenstatt. Durante el pololeo, diariamente rezábamos juntos una oración personal. En el fondo, los dos asociamos el habernos encontrado como algo muy de Dios. Partimos pensando que era Dios el que nos había juntado y por eso tomamos rápidamente la decisión de casarnos”.

## Los “Chicago”

Graduado como Miguel Kast, Master en Chicago, el autor Joaquín Lavín describe el “semillero” de jóvenes economistas que, formados en la Universidad Católica, viajaron a completar sus estudios de economía en aquella ciudad norteamericana.

En el año 70, cuando en Chile ganaba Allende, Miguel Kast coincidió como estudiante en la Universidad de Chicago con los economistas que después serían directores de Presupuesto del actual gobierno, Juan Carlos Méndez y Martín Costabal, aparte de uno de los hombres más próximos en el equipo que Kast formó en Odeplan y Ministerio del Trabajo, Ernesto Silva.

En Chicago... “el ambiente de los estudios era muy competitivo, con un sistema que inspiraba temor al fracaso. Durante el primer año, las clases comienzan a las ocho y media de la mañana y, luego de un sandwich en la cafetería de la universidad, los estudios siguen hasta las seis y media o siete de la tarde. Ese intensivo programa de estudios se traducía en pasar en la universidad unas quince horas diarias. Los sábados, la biblioteca dejaba de funcionar a las diez de la noche. Pero el domingo, la jornada se extendía también hasta la una de la madrugada”.

Destacado como el mejor estudiante chileno y premiado en Chicago como el alumno con más alto promedio en su generación, Miguel Kast había decidido aceptar una oferta de trabajo en México cuando se produjo en Chile el “Once”...

Su amigo Ernesto Silva, que ya había regresado y empezaba a trabajar en Odeplan, le escribió... “contándole que lo esperaban. Sus amigos y profesores, como Sergio de Castro y Pablo Barona, empezaban en ese entonces a aplicar el nuevo programa económico, fruto de meses de estudios hechos durante el gobierno de la Unidad Popular. También habían entrado a formar parte del equipo Juan Carlos Méndez, Martín Costabal y muchos otros”.

Kast regresó y se integró al departamento de estudios de Odeplan. Y ese fue, en realidad, el laboratorio en que se idearon y programaron las líneas fundamentales del modelo económico que iba a aplicar el nuevo gobierno;

“La realidad es que gran parte de las principales reformas económicas de fondo realizadas durante la actual administración partieron de allí: la po-

lítica arancelaria, la reforma tributaria, la reducción del gasto público, la reforma previsional, los cambios en la legislación laboral y la reasignación del gasto social”.

Kast —cuenta Lavín— tuvo en Odeplan un papel protagónico... “Destacaba su capacidad de trabajo, al que destinaba en Odeplan muchas horas al día... Creía, con razón, que las cosas tenían su momento y que eran años favorables, en el sentido que las reformas y los grandes cambios que se debían de hacer, era probable que después nunca pudieran ser realizados. Pensaba también que muchas «peleas» por impulsar determinadas políticas, se ganaban por «cansancio», por lo que era necesario insistir una y otra vez y escribir oficio tras oficio, documento tras documento. Sus especiales dotes de persuasión lo llevaban también a destinar muchas horas al convencimiento de diferentes personas mediante largas conversaciones, a las que asignaba gran importancia”.

Pero donde ejerció un mayor liderazgo fue en las promociones jóvenes de esos años, egresados de las universidades, no sólo de economía, sino también de leyes, antropología, ingeniería, etcétera: “Muchos de ellos, gracias al apoyo de Miguel y a su recomendación expresa, siguieron estudios de postgrado en Chicago, comprometiéndose a volver a trabajar en la administración pública o en las universidades —prácticamente donde Miguel decidiera destinarlos— por un período de cuatro años”.

Es el caso del propio autor que, al volver de Chicago, fue enviado por Kast a la Universidad de Concepción: “Miguel no tenía horarios y exigía que sus colaboradores tampoco lo tuvieran en el sentido que si había que llegar muy temprano, se llegaba, o si había que irse muy tarde en la noche, también se hacía... Trabajando el doble que los demás, nuestra ideas y posiciones terminarían por imponerse”, decía.

El semillero de economistas jóvenes que formaba Miguel Kast convirtió en una tradición los “almuerzos de Odeplan”. “Estos almuerzos llegaron a hacerse famosos entre los estudiantes universitarios entre los años 1975 y 1980. Los alumnos de la Universidad Católica y de Chile, asistían a una charla sobre diferentes aspectos de la política económica, en la sala de reuniones de Odeplan, mientras se comían un sandwich y se tomaban una bebida”.

Buscando hacer un retrato del verdadero Kast, el autor también recoge las críticas que le acarreo su tenacidad para llevar a cabo sus ideas:

“Hubo quienes sostuvieron que era ‘sectarista’, que mantenía con arrogancia sus ideas o que perseguía a determinadas personas hasta conseguir que abandonaran sus cargos... Miguel, por ejemplo, impulsó decididamente al Rector de la Universidad Católica para que reemplazara al entonces decano de la Facultad de Economía... Movié gente sin miramientos, muchas veces utilizando todas sus posibilidades e influencia personal para desplazarlas de sus cargos... ¿Por qué lo hacía? Según



Los estudiantes en Chicago. De izquierda a derecha, Miguel Kast, Juan Carlos Méndez, Martín Costabal y Ernesto Silva.

los que conocieron esas acciones y sus circunstancias, porque pensaba que eso era lo mejor para el país”.

## El otro Miguel Kast

Pero no faltaba mucho tiempo, según cuenta el libro, para que en el ex Director de Odeplan se iniciara una lenta pero aguda transformación. Cuando fue designado, en el 81, Ministro del Trabajo, asumió su nueva función con el mismo ritmo incansable: sin horarios, exigiendo el máximo a sus colaboradores, programándose de trabajo del día a la noche...

Pero entonces, a mediados del 81, falleció su estrecho colaborador Pedro Pablo Silva, quien sólo tenía 31 años... “Y desde ese momento se produjo un cambio notorio en la personalidad de Miguel, especialmente visible para sus colaboradores más cercanos... Tomó la decisión de asistir a misa diariamente, acompañado la mayoría de las veces por sus asesores en el Ministerio. Se le veía a las once de la mañana en la Iglesia de El Sagrario, en la Plaza de Armas, junto a la Catedral... Empezó a mirar su vida desde una perspectiva diferente. No era extraño ingresar a su oficina de Ministro del Trabajo y encontrarlo “ido”, encerrado leyendo libros de poesía... Los últimos diez meses en el Ministerio del Trabajo transcurrieron dentro de este nuevo espíritu que aparecía en Miguel. En noviembre del 81 pidió a todos sus colaboradores más inmediatos, alrededor de diez profesionales, que rezaran juntos, diariamente, el Mes de María, lo que hacían a las once en El Sagrario. Miguel les pedía que rezaran por Chile”.

La transformación se hizo más notoria cuando Kast asumió en el 82 la

presidencia del Banco Central. Una de las anécdotas que recuerda Lavín de ese período es aquella de su llegada intempestiva al Seminario de Santiago. Pero también aparece el detalle político de la incomfortable situación que comenzó a vivir el entonces presidente del Banco Central, defendiendo en Chile e internacionalmente la mantención del dólar fijo, precisamente cuando una medida ejecutiva —que no se le advirtió— hizo estallar la bomba de la devaluación en el país.

Aunque algo así lo habría motivado mucho en otro tiempo, Kast parecía desinteresarse cada vez más. Una profunda religiosidad iba acentuándose en él: “Por aquellos días Miguel realizaba frecuentes viajes a Bellavista, al Santuario de Schoenstatt, especialmente a rezar el Rosario o las mil Avemarías a la Virgen...”.

Decidió renunciar con una larga carta a Pinochet: “Me he permitido escribirle estas líneas, porque no estoy seguro si seré capaz de expresarle todos mis sentimientos cuando hablemos personalmente: temo que olvide mencionar algunos”.

En la carta, transcrita en el libro, se hace cargo del “resentimiento y desconfianza que mi persona despierta en este momento” (se vivían los altibajos del dólar).

## Su vida a la “mater”

Su último acto público —por decirlo así— fue un emotivo almuerzo ofrecido en un restaurante por un centenar de amigos y colaboradores. Un detalle de esa reunión contada por Lavín son estas palabras de Pablo Baraona: “Se dice de Miguel y de muchos de los presentes que somos antiestatistas. La extraña verdad es que los que más han



Un epitafio, de su puño y letra, poco antes de morir.

Corriendo —como era su costumbre— a una reunión en La Moneda.

hecho por el perfeccionamiento y significación del concepto de Estado son, en este caso, los detractados”.

Después viajó a Roma invitado a un seminario y tuvo la oportunidad de asistir a una audiencia con el Papa:

“Miguel contaría más adelante que este contacto con el Papa lo impresionó mucho, y que esa noche, al volver al hotel, decidió ofrecerle su vida a la Virgen (a la Mater, como dicen los schoenstattianos).

“En su oración pidió a la virgen que dispusiera de su vida para los fines que Ella deseara. Al día siguiente —diría después— comenzó a sentir dolores en las piernas, específicamente en las articulaciones, los que no había sentido nunca antes”.

Al regreso a Santiago su estado empeoró. Empezó a hacerse los primeros chequeos médicos sin diagnóstico

claro. En enero del 83, cuando el país se debatía bajo el impacto económico de la intervención de los bancos, le entregaron la terrible noticia: cáncer.

El libro cuenta —impresionantemente— la serenidad con que Miguel Kast y su esposa Cecilia empezaron a enfrentar la situación:

“¿Qué te parece? Dicen que estoy tomado por el cáncer en todos los lados”, le señalaba a los amigos que lo iban a visitar. Entraban Juan Carlos Méndez, Sergio de Castro... Salían llorando”.

“Cuando nos subimos al avión —cuenta la esposa refiriéndose al viaje a Estados Unidos para consultar nuevos médicos— sentí que este viaje iba a ser como nuestra luna de miel espiritual. Después de muchos días muy ajetreados y rodeados de mucha gente, íbamos a estar solos con Miguel”.

En el hospital en Washington —al que fue trasladado en ambulancia desde el avión porque no podía levantarse— Miguel Kast inició un diario personal que se transcribe en el libro: “Pienso: ¡Virgen, en el cielo cómo me recibirás, como mamá, abrazándome en la puerta, o como Reina!... Morir de cáncer es tal vez la mejor manera: uno se puede preparar a fondo frente a la muerte. La gente abre su alma y se puede conversar de cosas muy profundas y así el Amor, que es eterno, crece a alturas insospechadas en uno, en los otros, y en todos juntos para ir con Dios”.

Muchas amistades importantes lo visitan en Estados Unidos. Entre todas las que consigna el relato destaca la del general Gastón Frez y la de Arnold Harberger, de la Escuela de Chicago. Cuenta el propio Miguel Kast en su dia-

rio: “Llegó Arnold Harberger. Fue corto, pero profundo. Le dije que se debía humanizar Chicago, enseñando esa parte a los alumnos. Llorando me dijo que sí...”.

También hay en ese momento un emotivo intercambio epistolar entre Miguel Kast y el Obispo de Linares, Carlos Camus, religioso con el cual el enfermo había manifestado profundas discrepancias.

Y “un apostolado telefónico” —como cuenta Joaquín Lavín— realizado por Miguel Kast, desde su lecho de enfermo, con su amigo Gerardo Sasse, ex funcionario de “El Mercurio”, también desahuciado por cáncer. La viuda de Sasse relata las largas conversaciones que Kast sostuvo por teléfono con el otro enfermo: “Piensa tú, gallo —le decía— qué mejor nos podía pasar, que Dios nos dé la oportunidad de recapacitar sobre toda nuestra vida y de usar este sufrimiento y ofrecerlo”.

Sasse era luterano pero las conversaciones con Kast lo hicieron pedir la comunión católica y rezar —con gran fe— una oración en idioma alemán que el ex Ministro le enseñó por teléfono: “Hay tormenta, hay viento y el niño está en el barco y no teme, porque sabe que el padre está en la proa”.

## El rosario

Los últimos días de Miguel Kast transcurrieron en su casa en Santiago rodeado de decenas de amigos que, todos los días, a las siete y media, llegaban en gran cantidad hasta su dormitorio a rezar el rosario. Ministros, sacerdotes, políticos, trabajadores, economistas, familiares, estudiantes universitarios, uniformados, empresarios.

“A las siete y media, la casa se llenaba de gente. Numerosas personas, más de veinticinco cada día, empujaban la puerta entreabierta y subían silenciosamente las escaleras rumbo a la habitación del segundo piso. Venían para asistir al rezo del rosario, el que se transformó en el centro de actividad diaria en torno al lecho del enfermo”.

“Entre marzo y los primeros días de septiembre, centenares de personas participaron en estos rosarios. Normalmente, el rezo lo dirigía Cecilia, o a veces también el propio Miguel —cuando se sentía mejor— y antes de empezar cada misterio, uno de los dos hacía un largo ofrecimiento de la decena siguiente. Siempre se pedía por Chile, por sus gobernantes, por la Iglesia chilena, por la reconciliación, por los enfermos”.

El impacto espiritual de estas visitas perdura aun entre la más variada gama de personas, muchas de las cuales conocieron realmente a Miguel Kast durante su enfermedad. El enfermo, aparte de destinar gran tiempo a todos sus visitantes, hablándoles de Dios, de la vida espiritual, de la necesidad de acercarse a sus familias, empezó también entonces a gravar unas cassettes para sus hijos, documentos que también están contenidos en el libro.

Así como el epitafio que, poco antes de morir, escribió de su puño y letra para que colocaran en su tumba: “Su mayor anhelo fue llegar al cielo porque conoció la felicidad y el amor en la tierra. El camino para ello fue dejarse conducir como un niño por la Virgen, que nunca dejó de guiarlo”.

Su mayor anhelo fue llegar al cielo porque conoció la felicidad y el amor en la tierra.

A) El camino para ello, fue dejarse conducir como un niño por la Virgen, que nunca dejó de guiarlo.

B) Su camino, fue dejarse conducir como un niño por la Virgen, que nunca le soltó la mano.

C) Su camino, fue dejarse conducir como un niño por la Virgen, que nunca dejó de guiarlo.